

Como dijera nuestros criados, junto á la cabaña había una torre en ruinas, que sirvió de cobertizo y de cochera; metieron en ella los caballos y los coches, é instalado que se hubieron, en ella también, los criados con su cena, todos quedamos satisfechos de nuestra buena estrella, excepto Alejandra, que echaba de menos su cama y decía que, sentada en un banco de madera, no se le ocurría idea alguna.

LVIII

Ya pueden Vds. figurarse qué fueron aquella cena y aquella noche; suerte que habíamos decidido tomarlo todo á risa. De vez en cuando la condesa aseguraba haber oído abrir escotillones y que por ellos iban á salir facinerosos armados de todas armas y prontos á echársenos encima para estrangularnos.

La condesa, que había visto enrostar á Cartucho y estaba segura de reconocerlo entre mil, decía, mirando á nuestro hospedador, hombre pacífico si los hay:

— Ese es Cartucho, ó uno de sus tenientes escapado del patíbulo.

Aparte eso, todo iba á las mil maravillas.

Al amanecer, nuestro hospedador nos indicó el camino que teníamos que seguir, y como no estábamos lejos de París, llegamos á él todavía á tiempo para dormir algunas horas en nuestras camas.

Sin más tardar, al día siguiente el marqués y el caballero se hicieron inscribir en mi casa. El marqués me visitó á poco, y lo recibí, y luego menudeó sus visitas hasta hacérmelas diariamente, y acabamos por donde muchos á la sazón empezaban. Dícenme y me afirman que hoy no pasa eso.

El marqués de Meuse, hombre de peregrino ingenio y de trato fino y agradabilísimo, me puso en relaciones con una persona llamada á ser, antes de poco, la más poderosa del reino: me refiero á la marquesa de Prie, la cual era muy conocida como amante del duque, primer príncipe de la sangre y nieto de Luis XIV, por su madre, hija del difunto rey y de madama de Montespán.

La marquesa de Prie me llevaba dos ó tres años, pero ambas éramos jóvenes, aunque por distinto modo. El padre de aquélla era Berthelot de Pleneuf, comerciante y hacendista, no obstante lo cual su familia había emparentado con personajes tales como los Matignón, los Novión y otros. Pleneuf sólo se curaba de ganar dinero, y, para cosecharlo, lo sembraba; en contra, su mujer se complacía en echarlo por la ventana. Y aquí viene de molde decir que la tal señora tenía á porrillo los galanes, entre los cuales figuraban el príncipe Carlos, Mazarino, Senneterre y Montmorency.

A Pleneuf le importaba eso un bledo; con tal pudiese llenar sus cofres, fuese del modo que fuese, estaba satisfecho; y de tal suerte hincó las uñas, que cuando tomó el negocio de los víveres, robó la mitad. Gracias que pudo rescatar su vida cediendo todos sus bienes. Al pasar esto, su hija estaba ya casada con el marqués de Prie, embajador en Turín. La madre y la hija eran rivales en todo, se detestaban rabiosamente, y aprovechaban todas las ocasiones de perjudicarse una á otra; así es que la hija se halló en sus glorias cuando su madre, arruinada, se vió reducida á vestir trajes de barragán.

— Estoy pronta á dar á mi madre cuanto quiera, excepto con que hermosearse — decía la marquesa de Prie.

No recuerdo haber visto en mi vida una criatura

más hermosa que ésta, mayormente en su primera juventud. Era alta, bien formada, de rostro provocante y alegre, nariz divina, cabellos rubioplataados, dientes, pies, manos y piel adorables, y tenía la distinción de una diosa y la delicadeza de un niño. Su talento era universal, su voz embelesadora; danzaba primorosamente, tocaba el clavicordio, y su garbo y su elegancia despertaban el asombro de cuantos la veían. Sólo tenía una pasión, el dominio; se desvivía por imperar en todas partes, y su orgullo era insaciable. Tan elegante como su madre, tuvo galanes según su capricho y sin que nunca se interesase para nada en sus galanteos su corazón. Pasaba sin transición de un coloquio de amor á una discusión materialista; era simultáneamente seductora y fría, dos cualidades esenciales para llevar á los hombres á su antojo.

A la señora de Prie casároula á los quince años, siguió á su marido á Turín, y allí ya quiso dirigir la embajada, en cuyo empeño gastó lo que le quedaba, por donde, ella y su marido, quedaron limitados á una renta de seis ó siete mil libras, con lo cual también se vió expuesta á usar vestidos de barragán, si no hallaba manera de rehacer su fortuna. Entonces fué cuando dió á entender á su marido que la enviase á París, comprometiéndose á obtener alguna pensión ó algún beneficio que les pondría en estado de brillar como les correspondía. Consintió el marqués, y ella emprendió el viaje.

¶ Tenía entonces la señora de Prie diez y ocho años, y lo que primero hizo al llegar á París, fué alquilar por un año un pequeño piso situado en las inmediaciones de la Concepción, y pagar las quinientas libras á que el alquiler subía. Luego se puso en casa á su tía la señora de Sechelles, para tener á su lado una persona grave. Hecho esto, tomó por blanco al duque de Orleáns, y lo visitó con el deliberado pro-

pósito de hacerse su querida y de gobernar á Francia en su nombre.

Primeramente la marquesa esperó al duque en la galería del Palacio Real, un día de audiencia, y se hizo nombrar á él por el señor de Nocé, al cual conocía. El regente halló guapa á la marquesa y le dirigió algunas palabras.

Al otro día, en el baile de máscaras de la Opera, la de Prie conoció al duque, á pesar de ir disfrazado, y como el duque estaba bebido, no era tan fácil como eso la tarea de la marquesa; la cual lo emprendió sin embargo, sin desanimarse; lo distrajo, soportó sus galanterías vinosas, lo halagó con ahinco, y acabó por seguirlo al Palacio Real, viendo ya anticipadamente colmados sus deseos.

El regente, dando traspies, condujo á la marquesa hasta una puerta que no era la de la casa de Ana, puerta que se abrió para darles paso y expuso á la vista un gran comedor brillantemente iluminado, y en el cual había la duquesa de Berry, la señora de Phalaris, la de Parabere y todos los sollastres. Figúrese el lector la extrañeza de la señora de Prie, que había imaginado hallarse á solas con el regente.

Quisieron, los que en el comedor se encontraban, dar vaya á la marquesa; pero ésta, que tenía tanto talento como ellos y una serenidad á toda prueba, les contestó de suerte que les probó que si le permitían poner los pies en casa del príncipe, los arrojaría de ella. Desde aquel instante resolvieron todos impedirselo. Asediaron al regente, le contaron mil patrañas, demostráronle que la marquesa lo aburriría, que intentaría meterse en política, lo cual era para él insoportable.

El duque no quiso mirar más á la marquesa, que de esto conservó un rencor que luego hizo pagar caro.

Descartado el duque de Orleáns, sólo quedaba

en Francia un hombre digno de la señora de Prie, uno solo de quien se dignase hacer ostentación, sin perjuicio de otros á quienes escondía más ó menos. La marquesa apuntó todas sus baterías hacia aquella plaza, más fácil de conquistar. El duque era joven, feo y sin ninguno de los méritos que hacen de un príncipe un personaje; pero era primer príncipe de la sangre, y, en una minoría, el ser primer príncipe de la sangre trae aparejado forzosamente el dominio de la situación y del Estado.

La de Prie hizo conducirse á casa de la duquesa, no la madre, á quien temía instintivamente, sino la joven señorita de Conti, buena é indolente, que la acogió muy bien y la admitió entre sus familiares.

El duque vió á la marquesa y se enamoró de ella, y la visitó con mucha frecuencia en el pequeño piso de que hemos hablado, inmediato á la Concepción, y que ella no quería dejar, so pretexto de economía.

Tenía entonces la señora de Prie dos amantes: el señor de Alincourt, el mismo que durante tanto tiempo lo fué de la señora de Parabere, y lor Stair, embajador de Inglaterra; y los despidió á entrambos y decidió ocuparse formalmente en su fortuna. Pero el duque era espantosamente feo, y la marquesa sentía por él una repugnancia casi invencible, por manera que hubo de sostener consigo misma una lucha de más de un mes para decidirse á admitirlo, después de haberlo provocado.

Consumado el acto, la marquesa reclamó los beneficios, y gobernó más al regente que si éste la hubiese aceptado por querida, inspirando al duque ideas de investigación y la voluntad de hacer contar con él. Tales pretensiones contrariaron al cardenal Dubois, el cual, para anularlas, resolvió quitar de en medio á la señora de Prie.

En consecuencia, soltaron al duque la señora de

la Vrilliere, guapa todavía y embelesadora con no ser ya joven, y madre del joven Saint-Florentín, á quien deseaban hacer duque y casarlo con la señorita de Platén.

La señora de la Vrilliere, que era hija de Mailly y tenía un amante llamado Nangis, que fué descartado como antes lo había sido Alincourt, emprendió aquella conquista, y fué repetidas veces á casa del duque. La señora de Prie, que sólo tenía diez y ocho ó diez y nueve años, con la ligereza propia de su edad no receló de una mujer á quien miraba como vieja y de la cual sabía que tenía galanteos en otra parte. Así es que la señora de la Vrilliere avanzó mucho camino, y quizás habría triunfado si el duque de Orleans no se hubiese interpuesto oportunamente para desbaratar aquellos planes.

Entiendo por triunfar, quitar de en medio á la señora de Prie, porque en cuanto á los triunfos secretos, me persuado, con los demás, que la señora de la Vrilliere los alcanzó. Pero, en verdad, tales triunfos, si así pueden llamarse, resultan excesivamente caros con un hombre como el duque. Yo de mí sé decir que no lo habría querido á ningún precio.

Con todo eso, aquellas relaciones continuaban bien ó mal, y cuando al duque de Orleans le dió un ataque de apoplejía, el padre Broglie, *amigo* del duque como Bonneau lo era de Carlos VII, fué á buscarlo á casa de la señora de la Vrilliere, donde cenaba tranquilamente, para anunciarle la catástrofe.

El regente, que ya no lo era, pues el rey había entrado en su mayoría, aun alentaba.

— Monseñor — dijo el padre Broglie al príncipe, —Vuestra Alteza sólo tiene que hacer una cosa, pena de echar á perder su porvenir. Suba Vuestra Alteza inmediatamente á las habitaciones del rey, sin dar tiempo á que las influencias trabajen, y pídale atre-

vidamente la plaza de primer ministro, á la que Vuestra Alteza tiene derecho por su cuna; cogido de sorpresa, no se atreverá á decir que no. Si Vuestra Alteza tarda, ya habrá tomado otro la plaza.

— Pero...

— Monseñor, Vuestra Alteza tiene todavía media hora de tiempo para disponer de su suerte; después, todo será en vano.

— Hágalo Vuestra Alteza—dijo la señora de Prie, palpitándole el corazón.

— ¿V. lo quiere?...

— Voy á acompañar á Vuestra Alteza—dijo el padre Broglie, — el momento es propicio; el rey está solo con el señor de Frejús, que tiene sobre aquél un influjo decisivo... Dios sabe qué pensamientos acaricia el señor de Frejús, y á quién se propone recomendar como primer ministro. Si Vuestra Alteza no se le adelanta con un golpe inesperado, mañana, al despertar, tendrá un amo.

— Pues no cabe otro remedio, vamos.

El príncipe se dejó llevar hasta la puerta del gabinete del rey, donde, por decirlo así, el padre Broglie lo empujó.

En el gabinete se hallaban el joven monarca y su ayo, y aquél tenía la frente apoyada en las manos y estaba afectadísimo.

— Sire—dijo al rey el duque, — pido á Vuestra Majestad el empleo de primer ministro, que el señor duque de Orleáns va á dejar vacante; no creo que nadie pueda disputármelo; mi cuna me aproxima á Vuestra Majestad; la juventud del duque de Chartres lo incapacita para regir un Estado como Francia; durante la regencia he tomado parte en la cosa pública; razones todas ellas que no dudo decidirán á Vuestra Majestad á no desestimar mi demanda.

El rey se volvió hacia el obispo de Frejús; el cual

conocía claramente que no podía llegar de un salto al primer sitio, en reemplazo del tío del rey, del sobrino de Luis XIV. Era indispensable una transición. Interin, se encumbraría él hasta poder allanar todas las dificultades. El topo abría su madriguera; conecedor del duque, presabía que éste le daría, llegada la ocasión, mil pretextos de rompimiento. No podía hallar un maniquí mejor. El obispo había, pues, advertido y aleccionado á su discípulo.

Así es que cuando el rey preguntó su parecer tácito al obispo, éste movió la cabeza, y Luis XV transmitió la misma señal al duque, que se dió por satisfecho y dió las gracias con una gran reverencia.

El señor de Frejús abrió inmediatamente la puerta, hizo entrar á varios nobles que se hallaban en el gabinete contiguo husmeando para enterarse de qué vientos corrían, y les dijo que Su Majestad quería verlos.

Ocioso es decir que los nobles no se hicieron de rogar; y al punto el señor de Frejús les manifestó que lo mejor que podía hacer el rey, después de la pérdida que había experimentado con la muerte del duque de Orleáns, era poner la autoridad en manos del duque, y rogarle que aceptase el puesto de primer ministro, cuanto más que no había quien compitiese con él en aptitudes para desempeñar cumplidamente el cargo.

Entonces el duque soltó algunas palabras de agradecimiento, que ya hacía rato las mascujaba.

El señor de la Vrilliere, que estaba en ascuas, sacó de su faltriquera el juramento de primer ministro, y lo hizo prestar sin demora al nuevo titular.

Salió el duque, y al punto vióse rodeado de numerosa corte, á la que despidió para que lo dejaran solo; pero no lo consiguíó. Su madre la duquesa y su esposa lo esperaban en el salón grande: aquélla, ra-

dianite y convencida de que la verdadera gobernadora del Estado sería ella; pero la buena señora no contaba con la de Prie y con el carácter de su hijo. El duque se apresuró á recibir las norabuenas de su madre, y dijo que estaba fatigado y deseaba descansar un poco, pues al día siguiente tenía que levantarse muy temprano para entregarse á su ardua tarea.

— No estarás solo, hijo mío — le dijo cariñosamente la duquesa; — todos te ayudaremos, y en el destino que vas á ocupar no te faltarán amigos.

— Eso se me da tenerlos, señora — contestó el duque; — los amigos no me son útiles, pues todos son interesados, y respecto á lo que he de hacer, tampoco necesito que me ayuden. Es tarea que llenaré solo, y dese V. por advertida de ahora para siempre.

Para una mujer de ingenio, no era muy brillante el papel que acababa de desempeñar la duquesa.

La mujer del duque, que sabía de sobra quién era su marido, había guardado silencio.

El duque salió y se volvió á sus habitaciones, á la puerta de las cuales despidió á cuatro ó seis cortesanos que lo habían seguido; pero al ir á entrar, su ayuda de cámara de confianza le dijo con el mayor respeto al oído:

— Si monseñor quiere creerme, tome por la escalerilla.

— ¿Por qué?

— Porque en el dormitorio de monseñor hay la señora de Prie, y en el gabinete la señora de la Vrilliere.

— ¡Ah! — profirió el príncipe, — eso es ya demasiada libertad... ¿Se han visto una á otra?

— No, monseñor, á Dios gracias.

Un rumor de voces impetuosas les advirtió que el á Dios gracias no era ya de sazón.

LIX

La señora de Prie se impacientaba en aquel dormitorio y no habría salido de él por todo lo del mundo; y es que le había dado en la nariz que las cosas iban á serle favorables. Paseábase la marquesa nerviosamente, no sabiendo qué hacer, si ir ó no ir á ver á la duquesa, á la cual era seguro que el príncipe visitaría antes que á nadie; pero la detuvo una reflexión, y es que en presencia de la duquesa no podría hablar con libertad ni imponer condiciones.

Entonces á la señora de Prie se le ocurrió la idea de escribir una carta no sé á quién, y buscó recado de escribir, y no hallándolo á mano, entró en el gabinete y se avanzó derechamente hacia el bufete, junto al cual se encontraba sentada la señora de la Vrilliere, más impaciente todavía, si puede ser, pues estaba menos segura de su poder.

Ambas mujeres encontráronse, pues, frente á frente.

La de Prie exhaló una exclamación de sorpresa y de cólera, y llegándose á la de la Vrilliere le preguntó con imperio qué hacía allí.

— ¿Y V.? — replicó la interpelada.

— ¿Yo? — contestó la señora de Prie sentándose resueltamente en un sillón; — ¿yo? espero al señor duque, y tengo derecho á esperarlo en sus habitaciones, pues es mi amante.

La señora de la Vrilliere quedó aturrida; no daba crédito á tanta audacia, sobre todo en una mujer tan joven.

— Ahora que he dicho á V. qué hago y con qué derecho estoy aquí, — prosiguió la marquesa, — pregunto á V. á mi vez: ¿Y V.?

— El duque me ha dado audiencia, señora.

— ¿A esta hora? — articuló la de Prie con voz amabilísima y como con interés lleno de benevolencia; — ¿tanto apremia?

— Sí, señora — respondió con sequedad la de la Vrilliere.

— Adivino. Se trata del casamiento de su señor hijo de V.; es joven de prendas; lo conocí grandemente cuando éramos chiquitines: los dos íbamos á jugar á casa de la señora presidenta Morville. Decían que se parecía mucho al señor de Nangis.

— ¡Ah! ¿iba V. á jugar á casa del presidente Morville, señora? Indudablemente sería eso antes de haber sido su padre de V. condenado á presidio, del que tan mañosamente supo librarse.

La señora de la Vrilliere creía haber devuelto golpe por golpe; pero no conocía á su adversaria, la cual se echó á reir, la miró de hito en hito, y exclamó:

— ¡Y qué oronda la ha puesto á V. la frasecilla! ¿no es verdad? Si ha creído V. mortificarme con ella, se ha engañado de medio á medio. ¿Qué se me da á mí del señor de Pléneuf y de su condena? ¿Qué tengo yo que ver con todo eso? Soy la marquesa de Prie, tengo veinte años, soy hermosa, rica y amada, y estoy en camino de ser poderosa. ¿Qué me importa lo demás?

La señora de la Vrilliere, que nada tenía que contestar á eso, se vió cogida, cuanto más que previó que á una rival semejante no sería tan fácil como eso quitarla de en medio. Así, pues, y para no descubrir sus baterías, hizo un esfuerzo por represarse y contestó:

— V. dispense, señora; como Su Alteza Serenísima no viene, cedo á V. el sitio.

— No, no se vaya V. — articuló la señora de Prie deteniendo á su interlocutora, — iría V. á esperarlo en la escalera, y aunque esto no le proporcionaría

ninguna ventaja, lo retardaría V., y eso me haría esperar. Es preferible que nos quedemos aquí conversando de una vez para todas; así, no tendremos que hablar más del asunto.

La señora de la Vrilliere, que se había levantado, no volvió á sentarse, pero se quedó.

— V. ha sido, es aún la amante del duque, ¿no es verdad? — prosiguió la marquesa.

— Pero, señora, ¿con qué derecho...?

— Ya se lo he dicho á V., por consiguiente no hablemos más de él. No se trata de mí, sino de V. El pestífero Dubois había imaginado soltarla á V. al duque con objeto de contenerlo y hacer que me despidiese, y todo porque yo le hacía sombra á él, é insuflaba un poco de mi energía á Su Alteza. No lo niegue usted, lo sé, lo supe al otro día; pero no me ha quitado ni una hora de sueño. ¿Acaso cree V. que estoy celosa del duque?

La señora de la Vrilliere no sabía en realidad qué actitud tomar en presencia de aquella singularísima mujer que atropellaba por todo, no salía de quicio por nada, y que de suyo se adelantaba más que hubiera conseguido, aguijándola, quien la hubiese odiado.

— Permítame V. que me retire, señora — dijo la de la Vrilliere.

— No, no — dijo la marquesa; — es preciso concluir de una vez, es necesario que sepa V. claramente lo que la espera; después una y otra quedaremos más sosegadas.

— Lo estoy completamente, créalo V.

— No puede ser, porque ve V. derrumbarse todos sus proyectos, proyectos que me son conocidos por menudo. Quizás en la esencia prefiere V. el señor de Nangis, amante de tantos años, apuesto, valiente y simpático, á ese príncipe escrofuloso, feo, desagra-

dable; y eso se concibe sin esfuerzo. Créame V., vuelva V. al señor de Nangis; la quiere á V. hace tantos años, que le abrirá otra vez los brazos. En cuanto á mí, voy á explicar á V. mi proyecto y á decirle lo que va á pasar desde esta noche...

La señora de la Vrilliere, interesada á pesar suyo, sentóse maquinalmente.

— Voy á gobernar á Francia, señora — continuó la marquesa, — y lo digo sin reclamar á V. que guarde el secreto. Yo seré el primer ministro, no el duque, y no porque éste sea incapaz, sino porque soy árbitra de su voluntad, porque sé conducirla de manera que ni sentirá deseos de oponérseme. Sólo yo conozco mi fuerza, y la he descubierto repentinamente; si V. buscarse bien, también la descubriría.

La señora de la Vrilliere aprovechó la ocasión para tomar un ademán de arrogancia, como queriendo decir que eso la tenía sin cuidado, mientras la marquesa volvía á reirse y á burlarse de su anonadada rival, y continuaba su discurso probando á ésta como dos y dos son cuatro que nada tenía que pretender.

Aunque algo tardíamente, la malaventurada postulante tomó una resolución y sólo pensó en hallar una salida; su rival la remató, diciendo:

— Pláceme en el alma haber hablado con V., señora; estamos completamente de acuerdo, y, para probárselo, sólo pido á V. una cosa.

— ¿Cuál?

— Quédese V. aquí, conmigo, espere V. al duque, sea V. la primera en felicitarlo; Su Alteza no lo olvidará, y eso podrá serle á V. provechoso; por otra parte, disponga V. abiertamente de mí.

La pobre señora de la Vrilliere no pudo irse á la mano, y dió suelta á su hiel. Ni siquiera la temían. Entonces aquélla arrojó en cara á la de Prie sus desventuras, su conducta, cuanto imaginó que podía da-

ñarla; pero la favorita la escuchó y la miró sin pestañear, sonriéndose, y como si se hubiesen dirigido á otra que á ella. Luego y aprovechando un momento en que la de la Vrilliere se calló para tomar aliento, dijo:

— Hable, hable V., señora. Cuanto acaba V. de decir podrá ser verdad; pero la reto á que me llame V. vieja, que es lo que la saca á V. de quicio.

Ahora la de la Vrilliere pateó de rabia.

En esto, entró Su Alteza, que se quedó estupefacto, ó á lo menos así lo pareció.

La marquesa, que no se encolerizaba, fué la que primero vió al duque, y llegándose presurosamente á él, exclamó:

— ¡Ah! monseñor, por fin me cabe la dicha de expresar á Vuestra Alteza el profundo gozo que me enajena, y que espero no será puesto en duda.

— ¡Señora! — replicó el duque apartándola suavemente con la mano.

— ¡Ah! ¿Vuestra Alteza me aparta de sí á causa de esa buena señora, mi mejor amiga? Nada tema Vuestra Alteza, mi amiga todo lo sabe por mi boca, y nos queremos entrañablemente; pregúnteselo, monseñor.

La señora de la Vrilliere había aprovechado aquel instante para eclipsarse por otra puerta, y tan pronto hubo desaparecido, la marquesa se echó á reir y á palmotear. El duque, á quien le hizo gracia la bulliciosa joven, la imitó, pese á un poco de mal humor que no tardó en disiparse. Luego ambos se internaron en los aposentos, y, al día siguiente, según predicción, la señora de Prie era primer ministro.

Como dije, yo había conocido á la marquesa, con el señor de Meuse, y nos habíamos divertido grandemente en algunas partidas de campo muy alegres. La señora de Prie no lo olvidó, y la hallé igual en sus

glorias. Me concedió cuanto quise, pero no abusé; continué visitándola como antes de su elevación, aunque menos á menudo; otra cosa tenía que hacer aquélla.

El duque no era amable; yo he cenado con él en la intimidad del hogar, y no he conservado ni sombra de un recuerdo de aquellos festines, á no ser que le gustaban extraordinariamente los langostinos y que cada día tenían que servirle los mejores que podían hallarse. Por cierto que los hacía condimentar con pimienta.

Es sabido que el duque cayó del poder por haber intentado luchar contra el cardenal Fleury, á instigaciones de la señora de Prie, la cual, al ceñir María Leckzinska la corona de Francia, se creyó segura de su apoyo é imaginó poder conquistar por asalto la plaza, olvidando en esta circunstancia su sagacidad habitual; no tuvo en cuenta ni el carácter del rey, ni el de la reina, ni, sobre todo, el del anciano preceptor, á quien el monarca tenía que creer y escuchar con preferencia á todos.

La reina, tímida, nada podía contra Fleury, ni sobre todo contra la marquesa de Prie, el gran escándalo de la corte.

El duque y la marquesa fueron sacrificados tan pronto Fleury puso á su discípulo en la alternativa de escoger entre ellos y él. El duque fué despedido como un lacayo, y la marquesa desterrada á su hacienda de Courbepine.

La marquesa estaba sentada á su clavicordio cuando le llevaron la carta del rey, y de nada sospechaba. El monarca se encontraba en Rambouillet, en casa del conde de Tolosa, y ella creía que también estaba allí el duque, mientras un teniente de los guardias la llevaba ya á Chantilly.

Apenas le dieron tiempo de reunir alguna ropa y

llamar á sus criadas, y no le permitieron que tocase sus papeles.

— ¿Y las cartas de mis amantes, si los tengo? — dijo la marquesa con su resolución habitual.

— Las leerán, señora; pero sosiéguese V., sólo se enterará de ellas monseñor el obispo de Frejús.

— Bueno, podrá mostrarlas á la princesa de Carignán, en sus coloquios, y eso refocilará á los dos venerables.

Dije ya que no había mujer más desenvuelta que la marquesa, la cual se fué con la frente erguida, arrogante, diciendo en alta voz que la reina era una ingrata, el rey un niño y Fleury un poste; que ella lo sabía y que más adelante lo verían los demás. Y esto lo escribió la de Prie al padre Broglie, ó no sé á qué personaje que gozaba de todo el favor del obispo, esperando que se lo mostrarían á éste, como así sucedió.

Llegó la de Prie á su hacienda, absolutamente como un niño al nacer, y escribió mil desatinos á sus amigos, incitándolos á que fuesen á verla, si no les asustaba la peste.

Hase dicho que la marquesa creía volver á la corte, y que no había aceptado su desgracia hasta después de haber perdido su empleo de camarista de la reina. Esto no es cierto; la señora de Prie no conservó ninguna esperanza desde el punto y hora en que salió de París y en que el obispo de Frejús tuvo el poder de derribar al duque.

También se ha dicho — ¡qué no dicen, de los desgraciados sobre todo! — que la señora de Prie, el día de su partida, se había despedido de un su amante de baja estofa, y que sus vecinos habían presenciado desde una ventana la despedida. Tam poco esto es verdad. El hombre de quien ella se despidió con tanto pesar era cabalmente un joven lor, de cuyo nombre no me acuerdo, pero de familia en-

cumbradísima, el cual fué á verla en Courbepine, donde le encontré.

El señor de Meuse y yo visitamos repetidas veces en su destierro á la señora de Prie, que en la apariencia continuaba siendo la de siempre; sin embargo, la pesadumbre la minó, sin que ella accediese á confesarlo ni aun á sus más íntimas amigas.

Nosotros la veíamos marchitarse más y más; se desfiguraba de un modo espantoso. En mi afán por devolverle la alegría, durante una temporada que pasé en Courbepine nos enviábamos una á otra, todas las mañanas, una copla satírica. Por cierto que una vez me envió una que no me plugo, sobre el aire *Todo va tal cual*, y á la que contesté con otra, imitación de Chapelain, autor de *La Doncella*, y sobre la música *Cuando Moisés prohibió...* Puesta en romance, decía la copla aquélla: «Cuando mi gusto, contrario al tuyo, te parece malo, recuerdas el pleito del cangrejo y su madre; que ya dice el Evangelio que todos ven la paja en el ojo ajeno y no la viga en el suyo.»

Voltaire me ha criticado siempre el segundo verso de mi copla; añadiendo que las mujeres aristócratas deberían no meterse en poesía, pero que escriben admirablemente en prosa.

La pobre señora de Prie, que tenía veinticinco años cuando la desterraron, un año después estaba hecha una figura de cera; y al rogarle nosotras que se pudiese en manos de sus médicos, mandó llamar al del duque, un tal Sylva, que consultó con el de cabecera de la joven. Ambos médicos trataron de enferma imaginaria á la de Prie, que padeciendo realmente mucho, nos envió una consulta para Chirac, médico del rey y del difunto regente, habilísimo y muy en auge. Yo misma llevé la consulta á Chirac, que, después de leerla con la mayor atención, me in-

terrogó largamente sobre la edad, el rostro, la delgadez y cuanto deseaba saber de la marquesa; y al contestarle yo la verdad, se echó á reír, diciendo:

— ¿Está V. bien segura de todo eso, señora?

— Segurísima.

— Pues bien, la señora de Prie, á su edad, con su constitución, el rostro que V. dice y su fortaleza, vivirá largo tiempo, y si no muere de otra enfermedad que esa, llegará á centenaria.

— Aseguro á V. que la marquesa está grave, caballero, y que no parece la misma.

— Eso son flatos, el tedio, pesares; todo se disipará, y dentro de tres ó cuatro meses como si tal cosa. ¿Dice V. que está alegre la señora de Prie?

— Mucho, pero se reprime.

— Si estuviese enferma, no estaría alegre; nadie se reprime hasta un extremo tal. Tranquilícese V., señora, no será nada.

— Yo misma le transmitiré este dictamen consolador. ¡Ojalá se realizase!

Regresé á Courbepine, y como, apenas llegué, los criados me dijeron que la marquesa parecía estar muy abatida y no podía conciliar de ninguna manera el sueño, volé al encuentro de mi amiga, que estaba tan pálida y desfigurada que daba compasión.

Todavía la marquesa se esforzó en reírse y chancarse.

— No es nada—le dije,—Chirac ha hecho su horóscopo: vivirá V. cien años.

Por toda contestación, la marquesa exhaló un suspiro de tristeza.

LX

—Sí, vivirá V. cien años, amiga mía—dije;—tiene usted flatos, como el señor Argant, y estoy aquí para hacer las veces de Antofñita.

—¿Cómo no ha traído V. consigo al señor Diafoirus? Nos habría divertido, pues estamos como abandonadas.

—Para nada lo necesitamos; por otra parte, el presidente Henault llegará mañana, según me han dicho.

—¡Pobre presidente! es un buen amigo. Si no se apresura, no volveremos á vernos... porque esta noche me moriré, señora.

—¡Qué pensamientos! Espere V. siquiera á Diafoirus, á quien desea V. ver. El le dará sus remedios.

Yo me chanceaba; pero la pobre marquesa tenía tan descompuesto el rostro, que me hacía estremecer de terror.

—Sosiéguese V., amiga mía — me dijo la de Prie, — no la incomodaré á V.; sé demasiado lo que debo á los demás para aburrirlos con el espectáculo de mi muerte, después de haberlos cansado lo menos posible durante mi vida.

—No me apartaré de V.

—Lo hará V. para irse á dormir; cenaremos juntas, procuraremos reinos por última vez, nos besaremos, y mañana, al despertarse V., veré, desde el otro mundo, si V. me añora.

—¡Cómo! ¿cenar, en el estado en que V. se encuentra?

— Amiga mía, Chirac da por cierto que no estoy

enferma; no dejaré mentir al protomédico de Su Majestad, y moriré con las armas en la mano.

— Más vale que descanse V., mi querida marquesa; conversaré con V., y se dormirá V. insensiblemente.

— Ni por pensamiento. Voy á engalanarme; será usted la última persona de este mundo á quien habré visto, y esta última persona me habrá visto ataviada; así llegaré á la mansión de los muertos, y Plutón no pondrá mala cara.

Por más que dije é hice, no conseguí que la marquesa desistiese de su empeño, y nos sirvieron, en un gabinete sumamente adornado y henchido de objetos ruinosos, una cena digna de los gastrónomos de más nombradía.

La señora de Prie estaba efectivamente hermosa y ostentaba ricos atavíos; se había puesto colorete, pero tan sólo en cantidad suficiente para imitar los colores naturales: me produjo la ilusión de un recuerdo de los días venturosos.

Apenas tocó la marquesa los manjares; pero bebióse algunos vasos de vino de España, á que era muy aficionada, é hizo derroche de ingenio y buen humor. Luego y repentinamente se encontró mal, y sus criadas y yo la reanimamos.

— No — dijo la señora de Prie al ver que yo quería acostarla, — todavía no he acabado de cenar.

V no hubo sino obedecerla.

La marquesa anudó y continuó la conversación, hablándome de sí como si hubiese dejado de existir, dándome encargos y recuerdos para sus amigos predilectos y aun para aquellos é quienes simplemente conocía. Luego añadió:

— Hanme atribuido muchos amantes; he tenido varios, lo confieso; pero no los echo de menos, pues no eran dignos de ser amados. V. se encarga-

rá de ver al duque, que estoy segura de que se consolará pronto, pues ardía en deseos de deshacerse de mí. El secreto de que yo lo dirigiese en otro tiempo no eran mi talento ni su ternura, sino el miedo que le inspiraba su madre, que se hubiera instalado en palacio, de no haber yo estado en él, y habría sido preciso recurrir á la violencia para echarla de allí, lo cual el duque era incapaz de hacerlo. Yo no era más que un preservativo.

Después, á la una de la madrugada, me dijo:

— Necesito dormir para dar algún descanso á mi cuerpo; estoy bien.

— ¿De veras está V. bien?

— Palabra.

— Entonces, un beso, y buenas noches.

— Hasta mañana.

— Hasta mañana... Van á acompañar á V. á su dormitorio.

Besé con ternura á la señora de Prie, á quien no tenía que volver á ver sino muerta.

Dormí como de costumbre, y, al despertarme, una doncella me entregó con suma tristeza un billete que sólo contenía estas palabras:

«Amiga mía, parto. He prohibido que la despertaran á V.»

— ¡Cómo!—exclamé,—¿la señora de Prie...?

— ¡Ay! ha fallecido á las cuatro de la madrugada.

— ¿Por qué no me llamaba V.?

— Porque la señora lo ha prohibido terminantemente. El señor presidente Henault ha llegado.

— Dígale V. que me haga el favor de llegarse hasta aquí; es preciso que nos veamos.

Como á la sazón el presidente empezaba á galantearme, me emperifollé un poco.

Vino el señor Henault, y nos lamentamos; pero

esto no bastaba, había que avisar, prevenir á la familia, y ese deber terrible no nos atañía á nosotros. El presidente tomó á su cargo escribir y dar las primeras disposiciones; en cuanto á mí, declaré que me pondría en camino aquel mismo día, después de haber dado el postrer adiós á mi pobre amiga.

El señor de Meuse tenía que venir por mí, y yo quería evitarle aquel espectáculo.

En efecto, me puse en camino, no sin que me acompañase con toda clase de miramientos hasta mi carroza el presidente, que si no era del todo joven, tenía talento.

La muerte de la señora de Prie pasó punto menos que inadvertida en París; yo la anuncié á nuestros amigos, á los que, cuando ella estaba en candelero, la habían adulado más, y entre dos frases musicales, ó la anécdota de la víspera, respondían:

— ¡Pobre marquesa! ¡Morir tan joven!

Y luego hablaban de otra cosa.

La única á quien la muerte de la marquesa apesadumbró, fué la señora de Parabere; la cual estaba triste y de mal humor porque su amante, el primer presidente Beringhen, la había dejado. Sin embargo, estaba preparándose un consuelo con Alincourt, á quien la señora de Prie había en otro tiempo abandonado por el regente.

— ¡Ah!—dijo la señora de Parabere,—Alincourt me traerá desgracia: esa es la tercera amante que entierra en seis meses. Pero ¡bah! puede que mi influjo sea más eficaz que el suyo; yo soy más azarosa que él, ya lo recuerda V.

Sin embargo, esto preocupó á la señora de Parabere.

El señor de Meuse, que, como es sabido, era chistoso, con estar grave no había perdido las ganas de chancearse. Aconsejaronle que viese á Isey, médi-

co grave y acompasado, tímido y orgulloso á un tiempo, y que tenía tanto de Sganarelle como de Purgón. El de Meuse se chanceó grandemente con Isey y nos habló de él por espacio de más de quince días, como de un verdadero personaje de comedia.

Cabalmente en aquel entonces pasó á Isey un lance que levantó gran polvareda y del que hasta mucho más adelante no tuvo la llave. El rey y el cardenal tomaron cartas en el asunto, París en peso no habló de otra cosa, y yo me deshice en conjeturas.

Lo que pasó fué esto:

Cierta noche, ya en hora algo avanzada, Isey recibió un billete en el que lo incitaban á comparecer al día siguiente, á las seis de la mañana, en la calle de la Olla de Hierro, inmediata al Luxemburgo. Isey, ganoso de dinero, de ensanchar el círculo de sus clientes, compareció á la cita, y halló á un hombre que lo estaba esperando y le rogó que lo siguiese.

— ¡Ah! ¿no es aquí? — dijo el médico.

— No, señor, es ahí cerca.

Isey se dió á entender que se trataba de un parto clandestino, y no hizo objeción alguna; esto le pasaba á menudo.

El desconocido condujo al médico á una puerta bastante mezquina, llamó, y, abierto que hubieron, hizo entrar á Isey y se quedó en la calle.

Entonces el portero se presentó á Isey, y le dijo que en el piso primero lo estaban esperando. Subió el médico, y entró en una antesala en que todo era blanco y en la cual se le presentó un criado con peluca y traje blancos, le hizo una profunda reverencia, se arrodilló á sus pies con un trapo en cada mano, y le dijo:

— Si V. me lo permite...

— ¿Qué?

— Limpiarle el calzado.

— No hay necesidad; he venido en mi silla de manos.

— Tengo orden de limpiarle á V. el calzado, y no queda otro remedio que limpiárselo.

El médico, un poco admirado de aquellos singulares procederés, dejó hacer.

Terminada la ceremonia, abrieron otras dos piezas colgadas también de blanco, y el médico vió, al extremo de la segunda, otro lacayo vestido como el primero, y que, de buen ó mal grado, empezó de nuevo la *limpieza* del calzado.

Por fin introdujeron á Isey en un dormitorio, en el cual paredes, sillones, colgaduras, mesas, suelo, techo, todo era blanco. Junto á la chimenea estaba sentado un personaje con gorro de dormir, bata, blanca como lo demás, y con la cara tapada con una carátula, blanca también.

El personaje de la bata miró largamente á Isey, y le dijo con voz sepulcral:

— Tengo el diablo en el cuerpo.

— Y bien, ¿qué quiere V. que haga?

— No le he hecho venir á V. para hablar. Espere V. y cálese.

Dichas estas palabras, el desconocido cogió unos guantes blancos; de seis pares que había sobre una mesa situada á su lado, y, sin decir esta boca es mía, se los puso y se los quitó alternativamente todos, en lo que empleó tres cuartos de hora. Isey miraba al de la bata, y, en su imaginación, creía haberse las con un loco; su miedo subió de punto cuando en torno suyo y colgado de las paredes vió todo un arsenal. Isey, que hubiera querido encontrarse á cien leguas de distancia, se estremeció de arriba abajo y se sentó, con no haberle brindado asiento; y es que ya no podía sostenerse en pie.

—Caballero — dijo Isey con voz trémula, — hágame V. la merced de decirme qué se le ofrece; mis clientes me están esperando, y no puedo disponer del tiempo.

— ¡Cállese V.! — repitió el otro con voz tonante. — ¿Qué le importa á V.? Le pagaré á V. bien. No tiene V. que decir nada.

Y por espacio de un cuarto de hora, y en medio de un silencio sepulcral, el incógnito tornó á probarse los guantes; luego tiró del cordón de la campanilla, blanco también, y al llamamiento acudieron los dos espoliques, provistos de vendas y toda clase de alfofaínas y de instrumentos.

— Sáqueme V. inmediatamente cinco libras de sangre—dijo el de la bata.

— Caballero — contestó Isey con asombro, — ¿quién ha dado á V. semejante receta?

— Yo.

— ¡V.! no basta, caballero; no puedo operar más que bajo la responsabilidad de uno de mis compañeros de profesión ó la mía. A lo menos permítame usted que me cerciore de su estado.

— Se lo prohibo á V. ¡Cómo! ¿no soy dueño de hacerme sacar la sangre que me dé la gana? Mi sangre es mía; sáquela V., y aprisa.

No hubo otro remedio; pero Isey, sobrecogido por el miedo y temeroso de hacerlo mal, no se atrevió á sangrar el brazo, y se decidió por el pie, que ofrece menos peligro. *Tirante el blanco* se quitó entonces una media de hilo finísimo, y luego y sucesivamente otros diez pares, y unos calcetines de castor forrados de raso, y mostró la pierna y el pie más hermosos del mundo.

— Es una mujer — dijo entre sí el médico.

Metió la lanceta, y acudió la sangre; pero, á la segunda taza, el de la bata se encontró mal.

Entonces Isey hizo ademán de quitar la careta al incógnito.

— Guárdese V. de hacer esto como de lo demás — dijeron los dos lacayos, — ó se acordará V. de nosotros.

El enfermo, á quien tendieron en tierra y le vendaron el pie, luego que poco á poco se hubo rehecho, dijo con voz moribunda:

— Calienten mi cama y acuéstennme.

Los criados obedecieron al punto.

Isey, excitada más y más su curiosidad y no tranquilo del todo, se acercó á la chimenea para limpiar su lanceta; y en esto estaba, cuando sintió que le tocaban un hombro, volvió la cabeza y vió á su espalda la agigantada figura que, pian pian, y en camisa, se avanzaba hacia él y le decía en voz bastante alta para un sangrado que apenas se sostenía.

— Ahí van cinco escudos, tómelos V.—Y al ver que Isey se los metía en el bolsillo, añadió:— ¿Está V. satisfecho?

— Sí.

— Pues váyase V., ¡y pronto!

Isey no se lo hizo repetir, y se fué, seguido de los lacayos, que lo alumbraban con bujías y represaban la risa, lo cual exasperó al médico, que exclamó:

— ¡Qué significa eso, tunantes! ¿Se están Vds. burlando de mí? ¿Qué broma es esa?

— Pues no han causado á V. ningún daño, y lo han pagado, ¿qué le importa á V.? Váyase, y no pregunte V. más.

Acompañaron hasta su silla á Isey, que, loco de alegría al verse fuera de aquella casa, resolvió no hablar de lo que acababa de pasarle, por no saber qué, de hacerlo, podría originársele.

Al otro día se presentó en el domicilio del médico un lacayo que ostentaba una librea desconocida

y extraña, y preguntó á Isey cómo le había probado una sangría hecha á un hombre blanco.

Desde aquel punto, Isey juzgó no ser ya del caso guardar silencio, y todo lo contó.

Cuantas pesquisas se hicieron para descubrir aquella casa blanca resultaron infructuosas. Isey y los que á ella lo condujeron, la designaron, y con haberla registrado de arriba abajo, no hallaron á nadie, ni vestigio de lo visto por el médico. Lo mejor fué que los vecinos dijeron que la puerta de aquella casa hacía largo tiempo que permanecía cerrada y que no habían visto á ningún hombre blanco ni á ningún obrero. Isey dióse á entender que algunos diablos lo habían hecho su juguete.

Los autores de aquella broma fueron el señor de Meuse y una docena de jóvenes tan locos como él, que á escote recaudaron una cantidad importante é hicieron la jugarreta que va dicha. Uno de ellos consintió en hacerse sangrar; los otros representaron los diferentes papeles y, como insensatos se rieron del miedo que habían hecho al pobre Isey.

Para divertirse más, guardaron todos el mayor secreto, y, de noche, entraron por los jardines en aquella casa, propiedad de uno de ellos, y la aparejaron como hemos visto.

El de Meuse me contó la historia dos meses después.

De nosotras, la que tuvo el olfato más fino fué la señorita Aissé. Nosotras no queríamos creerla, y, sin embargo, tenía razón.

LXI

No me cabe ahora otro remedio que contar una verdadera simpleza, una cosa que me perjudicó mucho más que mis innumerables locuras; porque lo que la sociedad de aquel tiempo no perdonaba de ningún modo, era la necedad. Y yo fui necia. El de Meuse empezaba á tratarme con desapego, y como en mí el amor nunca ha sido ciego, lo advertí, y me eché á pensar cómo podría componérmelas para evitar un rompimiento del que recaerían sobre mí todas las sinrazones; era difícil.

Cada cual por nuestro lado habíamos ido á ver al duque de Gesvres, enfermo en Saint-Ouen, donde recibía á toda Francia en su lecho, como una parida; era una comedia, y de las más divertidas que imaginar se pueden. Entonces estaban en auge los lazos y las randas, modas necias que felizmente cayeron en desuso.

El duque de Gesvres, feísimo, muy pequeño y horrorosamente contrahecho, estaba en su cama, guarnecida de cintas y encajes; doquiera había flores, randas y lazos al alcance de su mano, y rodeábanlo sus amigos, todos vestidos de verde, casaca, chupa y calzones.

Allí había mesas de veinte cubiertos constantemente servidas, y en todas partes y con rabiosa elegancia brillaba el verde.

Otras veces, el duque se levantaba y se acomodaba en una poltrona verde, envuelto en un cubrepies de igual color, tocado con un sombrero gris bordado de verde y con plumero verde y ostentando en la mano un ramo.